
Francisco José PRIETO FERNÁNDEZ, *Las figuras cambiantes de Jesús en la literatura cristiana antigua*, Salamanca: Publicaciones Universidad Pontificia («Plenitudo Temporis. Estudios sobre los orígenes y la antigüedad cristiana», 10), 2009, 378 pp., 17 x 24, ISBN 978-84-7299-834-6.

La presente monografía corresponde a la tesis doctoral realizada por el autor bajo la dirección del Prof. Ramón Trevijano y defendida brillantemente en la Facultad de Teología de la Pontificia Universidad de Salamanca en octubre de 2008. En ella se aborda el estudio de la cristología subyacente a las manifestaciones que Cristo hace de sí mismo apareciéndose en diversas formas y figuras, es decir, la llamada polimorfía de Cristo. El estudio abarca desde los escritos del Nuevo Testamento hasta Orígenes de Alejandría, periodo en el que se concentran los testimonios más significativos de esa polimorfía, tal como se ve en los Hechos apócrifos de los Apóstoles. Con Orígenes, el único autor eclesiástico que se hace cargo de las representaciones polimórficas de Cristo, el tema adquiere un nuevo giro, centrándose en los diferentes nombres de Cristo, o *epínoias*, que, según Prieto, «constituye la recepción y modificación en términos de soteriología y epistemología espiritual de la polimorfía de Cristo» (p. 276).

El libro está estructurado en cuatro capítulos. En el primero se presenta la investigación sobre el tema a partir de mediados del siglo pasado. Diversos autores han ido explicitando el concepto hasta llegar a una definición aceptada por la mayoría, de la que se hace eco el autor: «la aparición de un ser divino (o de su ámbito), para nuestro caso Cristo o su apóstol (Hechos Apócrifos), sucesiva o simultáneamente, en varias formas distintas de la suya propia y que como tales son vistas por uno o varios testigos: los referidos por el texto o los mismos lectores que perciben el sentido de lo narrado» (p. 59). En esta perspectiva se llega a incluir también la polinomia, o atribución de distintos nombres a la misma persona. Continúa siendo debatido el tema del origen de tales representaciones, proponiéndose desde el *Aión* helenístico (o tiempo eterno que aparece como pasado, presente y futuro), hasta el culto solar del dios egipcio Horus; pero, según el autor, «más que fuentes inspiradoras de la polimorfía de Cristo, son expresiones, no exentas de valencia propedéutica, de una aspiración común sobre la economía de las manifestaciones divinas integradas en varios contextos religiosos: la divinidad que manifiesta en su presencia poli-

morfa su condescendencia y solicitud salvífica por los hombres» (p. 58), sin que sea suficiente proponer un origen único. Asimismo, a partir del sentido que algunos autores atribuyen a la polimorfia (una forma de progreso espiritual en aquel a quien se le revela la divinidad, o una revelación según las cualidades de las personas que la reciben) el autor establece una propuesta interpretativa abarcante: «las diversas formas cambiantes de Cristo son una acomodación pedagógica a las posibilidades cognitivas de los discípulos en consonancia con su propio progreso espiritual» (p. 55). Habría sido quizás oportuno destacar que, a diferencia de la metamorfosis o polimorfia en ámbito helenístico que se refiere a la divinidad, aquí se trata de diversas formas adoptadas por Cristo en cuanto hombre, relacionadas con aquella «forma» que ya había adquirido en la Encarnación (cfr. Fil 2,6-7), como se verá después en Orígenes.

En el segundo capítulo se estudian las «escenas de polimorfia en los textos neotestamentarios» en los que Jesús se manifiesta en «otra forma» distinta a la suya habitual, como son la Transfiguración y las apariciones pascuales. Para el autor esos pasajes no reflejan propiamente el fenómeno de la polimorfia, aunque sí dejan translucir «medios de expresión de inspiración polimorfa» (p. 122), con el significado de que, tras la resurrección, Cristo «ha experimentado una transformación profunda propia de su nueva condición gloriosa» (p. 123), y de que se adapta a la capacidad de comprensión de los testigos y muestra su solicitud por ellos. Los rasgos de polimorfia, que pudieran tener un parecido a relatos helenísticos, son, según el autor, un recurso literario y narrativo, un medio de «expresar lo inexpresable, el misterio siempre trascendente de la divinidad, o sea, el misterio mismo de la gloria de Cristo» (p. 124). El autor ha dejado de lado textos como la aparición a Pablo en el camino de Damasco o las visiones de Juan en Apocalipsis, por considerar, con razón, que no dan pie a una inspiración polimorfa.

En el tercer capítulo, el más amplio, F. J. Prieto estudia la polimorfia de Cristo en los cinco grandes Hechos Apócrifos de los Apóstoles, siguiendo el orden cronológico que parece más coherente según la crítica reciente, y fijándose en la dependencia que puede haber entre ellos. Comienza con *Hechos de Juan* donde con más abundancia se habla de la polimorfia de Cristo. Analiza el discurso de Juan sobre la polimorfia del Señor en HchJn 87-93; 103-105 donde dice que los apóstoles al ser llamados, y en otros momentos, lo ven cada uno de una edad distinta (niño, joven, anciano) y con distintas dimensiones y características de su cuerpo; la aparición de Cristo a una de las protagonistas, Drusiana, como un joven bello y bajo la figura del apóstol (HchJn 73,1-4;

76,17); y la oración de ésta dirigiéndose a Cristo como «polimorfo en tu rostro» (HchJn 82,3-6). El autor deduce de ello que en HchJn la encarnación es completamente ignorada: «Cristo es presentado como el Dios polimorfo y trascendente» (p. 136). En el debatido tema sobre la orientación doctrinal de estos Hechos, el autor, parece inclinarse por considerarlos en su conjunto de una tendencia que niega la humanidad de Jesús, incluso «más allá del docetismo» (p. 135); sin embargo, tras el estudio de los textos, concluirá que «la polimorfía en HchJn pretende mostrar a los fieles que el Señor no es simplemente un hombre, sino, sobre todo, el Dios inmutable y trascendente que no está condicionado por los límites temporales y espaciales» (p. 240). En *Hechos de Pedro*, la polimorfía de Cristo se encuentra en su versión de la Tranfiguración (HchPe 20), y en una visión de las viudas que lo contemplan unas como anciano, otras como joven bello y otras como niño (HchPe 21). Dentro del carácter edificante de estos Hechos, Prieto ve en la polimorfía de Cristo «la adaptabilidad de la revelación a cada hombre», mientras que en HchJn predominaba «la iniciativa divina de revelarse mediante... una manifestación polimorfa» (240). Ve por tanto una complementariedad entre ellos. Es interesante, como bien señala el autor, el ejemplo de polinimia que aparece en el c. 20 –se mencionan hasta dieciocho nombres–, indicando que de Cristo se puede decir todo y nada lo dice completamente. En *Hechos de Andrés* vuelve a recogerse la aparición del Señor como un joven hermoso (HchAn 32,5-8); pero el rasgo más original, aunque dicho de pasada, es que Cristo se presenta bajo la figura del apóstol (HchAn 46,12-14). La misma polimorfía se encuentra en *Hechos de Pablo y Tecla* (c. 21) y en *Hechos de Pablo de un papiro de Hamburgo* (3,28-29) que el autor estudia de manera más breve, pues es ellos no se desarrolla propiamente el tema; se trata de incisos ocasionales. No sucede lo mismo en *Hechos de Tomás*, por lo que Prieto se inclina a considerarlo dependiente de HchJn. En dos ocasiones Tomás invoca al Señor como «Jesús polimorfo» (HchTom 48; 153), y en otras varias Cristo se aparece bajo la forma de Tomás, y lo que es más llamativo, el propio apóstol cambia de aspecto y es denominado como el hombre que tiene dos formas (HchTm 6-7; 34), «refiriéndose quizás a la aparición de Tomás en su propia figura y a las manifestaciones de Cristo como apóstol» (p. 234). En estos Hechos, interpreta Prieto, la polimorfía actúa como «reconocimiento de su (del apóstol) relación especial con aquel al que representa» (p. 241). También es significativa la polinimia aplicada a Jesús en HchTom 47-48, donde encontramos una letanía de atributos divinos y funciones salvadoras para glorificarle. Un rasgo específico

de HchTom es la capacidad de polimorfia aplicada al demonio (cc. 43-44) que «pretende confundir y evitar la conversión mientras que la de Cristo es una manifestación de providencia y de socorro a favor de los fieles» (p. 241).

El autor concluye su análisis de los Hechos Apócrifos señalando que la tipología base de la polimorfia está en las tres edades (niño, joven, anciano) o su variante dimorfa (niño/joven, hombre adulto), cuyo origen lo ve, como más verosímil, en Egipto. Dicha polimorfia en los Hechos Apócrifos «muestra cómo la permanente solicitud de Cristo por sus fieles se hace presente y acompaña la misión de los apóstoles» (p. 242), siguiendo una «pedagogía de acomodación», ya que «sólo en la medida que el Señor toma la iniciativa de manifestarse en diversas formas, adaptadas a la comprensión de cada uno, es posible percibir algo de la inasible trascendencia divina» (p. 243). Esto se acentúa, según el autor, por el calificativo de «bello» o «hermoso» en la apariencia de joven, que expresaría «tanto la inefable naturaleza divina, como su bondad» (p. 242). Como rasgo propio de la polimorfia en esas obras el autor señala la aparición de Cristo en la figura del apóstol, poniéndose así de relieve «la autoridad de la mediación y que éste es el instrumento por excelencia de la economía de Dios entre los hombres» (p. 243). No se ve clara, sin embargo, la afirmación de que ello «sea un ejemplo evidente del modo helenizante de considerar en el cristianismo del s. II a la figura del apóstol: hombre divino y taumaturgo» (p. 243), pues los milagros los realizan en nombre de Cristo el único «hombre divino». Como tampoco es evidente la valoración final de que, aplicada a Cristo, la polimorfia «permite afirmar su trascendencia divina, pero vacía de sentido los acontecimientos de su encarnación y su muerte» (p. 244). La polimorfia como tal no parece implicar negación de su verdadera humanidad, que no deja de darse por supuesta; al menos tal como la comprenderá Orígenes.

En el capítulo IV, dedicado a «Orígenes y la tradición sobre la polimorfia», el autor da cuenta primero de las alusiones de Orígenes a las formas cambiantes de Jesús, poniendo de relieve que para este autor «la posibilidad misma de múltiples formas en Cristo... tiene su raíz en la acomodación fundamental de Dios al hombre: la kénosis del Hijo en la encarnación» (p. 248), en tomar forma de siervo conservando a la vez su divinidad. Aunque Orígenes conoce la tradición de la polimorfia, se fija únicamente en la Transfiguración, donde ve la pedagogía divina que se adapta a la capacidad de comprensión de cada uno. Tras un análisis de las fuentes, tanto helenísticas como cristianas, en las que Orígenes ha podido conocer la tradición de la polimorfia, Prieto pre-

senta la doctrina origeniana de las epínoias o títulos de Cristo, una de las claves de su cristología, como «recepción y modificación en términos de soteriología y epistemología espiritual de la polimorfia de Cristo» (p. 276). Las epínoias, va señalando el autor, responden para Orígenes a que el Salvador, a diferencia de la simplicidad del Padre, llega a ser muchas cosas, aun siendo uno, a favor de la salvación de los hombres. Asimismo, expone la clasificación hecha por Orígenes entre las epínoias que tienen una dimensión ontológica (Sabiduría, Logos, Vida, Verdad, Justicia) y las soteriológicas (Luz, primogénito de entre los muertos, Pastor, Médico y redención), mostrando también como «a la diversidad de nombres corresponden las diversas etapas de la experiencia espiritual del creyente» (p. 289). El rasgo más original e interesante del estudio de F. J. Prieto es, sin duda, la relación que establece entre las epínoias y la polimorfia en Orígenes, en cuanto que ambas coinciden en mostrar que «la medida de la revelación es proporcional a la capacidad de aquellos que la contemplan» (p. 290); y, en lo que se refiere a polimorfia en la Transfiguración, la perspectiva desde la que contempla Orígenes como ascensión del camino espiritual del creyente; las epínoias: «son la expresión de las etapas del camino recorrido en el retorno al Padre por la mediación de Cristo» (p. 292). Ahora bien, cabe preguntarse si este último rasgo puede apreciarse en la polimorfia presente en los Hechos Apócrifos.

El libro termina con una amplísima bibliografía bien ordenada, así como unos índices (bíblico, de autores antiguos y modernos) de gran utilidad para su consulta. Ahí, así como en la lectura del libro, especialmente en las abundantes e interesantísimas notas a pie de página, puede verse que, aunque directamente se estudian el Nuevo Testamento, los Hechos Apócrifos y Orígenes, se tienen así mismo en cuenta otros textos de la antigüedad en los que aparece el fenómeno de la polimorfia y que han sido estudiados por autores recientes, tales como por ej. el Evangelio de Pedro, o, dentro de la corriente gnóstica, el Apócrifo de Juan.

La obra viene sin duda a llenar cierta laguna existente en la investigación española sobre el cristianismo de los primeros siglos. A la vez abre un camino para profundizar en la cristología de los títulos o los nombres de Cristo, no sólo atendiendo a su significado como ha venido siendo lo tradicional, criticado por planteamientos recientes de la Cristología, sino yendo a la cuestión ontológica fundamental de la pluralidad de su revelación siendo Uno, y a la dimensión soteriológica y progreso espiritual que conlleva el conocimiento de Cristo en sus diversas formas y nombres. Por tratarse de una obra de investi-

gación, la lectura del libro puede requerir ciertamente una formación bíblico teológica previa; pero tal como se presenta el texto, aligerado con la introducción de abundantes notas a pie de página, se lee con facilidad y gusto. Sólo queda agradecer al autor esta importante aportación.

Gonzalo ARANDA

Aurelio FERNÁNDEZ, *¿Hacia dónde camina Occidente? Pasado, presente y futuro de la cultura del siglo XXI*, Madrid: BAC, 2012, 532 pp., 13,5 x 20,5, ISBN 978-84-220-1584-0.

La amplia producción de Aurelio Fernández se enriquece con esta nueva obra que el propio autor califica de *imposible*: «Este libro es un libro imposible, por eso lo titulamos con una interrogación, pues desconocemos el destino de Occidente» (p. XI). No es, creo, una pose de humildad la que muestran esas palabras, sino que reflejan la conciencia de la magnitud de la pregunta, tanta que la respuesta que se ofrezca no puede aspirar más que a la categoría de intento. La misma noción de Occidente, y no digamos nada de su historia, de su presente y de su futuro, desborda cualquier ensayo serio de afrontar la totalidad de lo que implican.

Desde el principio, el autor deja clara su convicción de que la cultura europea atraviesa un momento de grave crisis, y lo hace sirviéndose en diversas ocasiones a lo largo del libro de la imagen con la que Habermas se refiere a la misma cuestión: la situación de la cultura europea es la de un «descarrilamiento». Ante esta situación, el autor se propone reseñar algunos de los cambios que caracterizan la vida de los individuos y de la sociedad occidental, señalar algunas de las causas que están en su origen, valorar sus efectos e intentar ofrecer algunas pautas para aprovechar los datos positivos y aminorar los negativos. Todo ello lo aborda «con la convicción de un imposible» (p. XII). De paso, podemos ver en esos fenómenos una orientación para la «nueva evangelización». En efecto, la cultura de Occidente es la más afectada por la descristianización, y por ello la que de manera especial se ha de tener en cuenta para promover una renovación desde los valores del Evangelio.

Para empresa tan descomunal, Aurelio Fernández se sirve de la imagen, familiar para todo análisis histórico-cultural, de la cultura como un camino, lo cual le permite ordenar sus reflexiones en tres grandes temáticas: de dónde ve-